

HEIDEGGER Y LA SUPERACIÓN DE LA METAFÍSICA

ITALO DEBERNARDI C.
Universidad de Viña del Mar

Resumen

El siguiente trabajo se esfuerza en pensar la superación de la metafísica tal como la piensa el filósofo Martin Heidegger, particularmente a partir de la interpretación y del diálogo que establece con Friedrich Nietzsche, en la medida en que la filosofía de este último es la culminación de la filosofía y de toda su historia. Se plantea el problema de la filosofía como metafísica o nihilismo, es decir, en tanto que pensamiento de la escisión entre ser y pensar, y en tanto que olvido del ser, entendiendo la pregunta por el ser como la pregunta filosófica fundamental.

Palabras clave: superación de la metafísica, interpretación y diálogo, culminación, nihilismo

Abstract

This paper attempts to think the transcendence of metaphysics as Martin Heidegger conceives it, particularly through Heidegger's interpretation of and dialogue with Friedrich Nietzsche, insofar as Nietzsche's philosophy constitutes the height of philosophy and its history. The problem is put forward of philosophy as metaphysics or nihilism, that is to say, philosophy as thought about the schism between being and thinking, and as oblivion of being, regarding the question of being as the fundamental question of philosophy.

Keywords: transcendence of metaphysics, interpretation and dialogue, culmination, nihilism

*

El título de este trabajo hace presumir que aquí se va a sostener que Heidegger supera la metafísica y que se darán las razones de ello, o bien, que se intentará una confrontación con su pensamiento en vistas a poner en cuestión dicha superación. De inmediato advertimos que no se trata ni de lo uno ni de lo otro, y que nos contentaremos con lograr un objetivo mucho menos ambicioso que la decisión sobre el éxito o fracaso de la superación, pero que sin embargo es un paso previo necesario para toda toma de postura. Nos interesa pensar lo que Heidegger piensa por metafísica y por superación de ésta. Ya se puede advertir que lo que pretende ser una demarcación de nuestro terreno nos puede llevar a problemas y a zonas temáticas muy amplias que necesariamente no podrán ser abordadas en su totalidad.

En la meditación de Heidegger sobre la esencia de la metafísica, la confrontación con la filosofía de Nietzsche ocupa un lugar central, tanto en lo referente a la determinación de lo nihilista de su esencia, como en lo relativo a su consumación. Así, en el segundo de los tomos que recogen los textos de Heidegger

dedicados al estudio de Nietzsche, luego de la exposición interpretativa del pensamiento nietzscheano, se inicia la confrontación con éste. Iniciaremos entonces, la introducción en nuestra cuestión destacando los aspectos más relevantes de la metafísica tal como la piensa Nietzsche, para que así puedan resaltar las diferencias entre la superación nietzscheana y la heideggeriana.

Está claro que es Nietzsche quien por vez primera piensa el nihilismo en cuanto esencia de la metafísica, y no tan sólo en tanto que un período de decadencia espiritual de la cultura occidental. El nihilismo no se reduciría a ser una época de la historia de Occidente: la época tardía de su decadencia senil. El nihilismo es antes bien la legalidad intrínseca de esta historia. Que el nihilismo sólo haya tomado nombre en el siglo XIX y que sólo se haya dicho mucho y nada de él desde entonces, sólo manifiesta hasta qué punto se mantenía oculto. Lo que se nombraba bajo ese nombre sólo era el movimiento o estado espiritual del hombre europeo que caía en la cuenta del despilfarro de fuerzas, del autoengaño y de lo que Nietzsche denominó la desvalorización de los valores hasta entonces supremos. Pero este hombre que despertaba no comprendía su nihilismo más que como decadencia. El pesimismo era aún un pesimismo de la debilidad, del desengaño y de la impotencia. Surgen así, los intentos por “superar” este nihilismo, es decir, los intentos por reemplazar los antiguos valores e ideales por unos nuevos; son lo que Nietzsche llama las formas del nihilismo incompleto. La desvalorización de los valores aún se comprendía como algo final y no como algo que está contenido en el origen de la historia de la metafísica y de Occidente.

Para Nietzsche el nihilismo no es la decadencia de la metafísica, entendida como su caída en el descrédito. El nihilismo es la metafísica misma, y por eso, al ser la metafísica el fundamento de Occidente, es también la legalidad de su historia. Ahora bien, lo que posibilita la comprensión de la esencia de la metafísica en cuanto nihilismo es la interpretación de la metafísica como platonismo, y la comprensión que de éste tiene Nietzsche. Platón determina toda filosofía posterior con su separación entre el mundo sensible y el suprasensible o inteligible. Que en este último se ubiquen las ideas, los ideales, los valores o la vida eterna, no es lo importante. Lo decisivo es que este mundo sea considerado el mundo verdadero, es decir, del ser verdadero, y el mundo sensible, en cambio, el mundo del devenir o ser aparente. Desde Platón todo pensamiento es metafísico, vale decir, pensamiento de la escisión. Lo nihilista de esta forma de pensar es la negación del mundo sensible, la negación de la vida a partir del nihil que habita en el núcleo del mundo meta-físico.

Esta es, grosso modo, la interpretación nietzscheana de la metafísica. Lo que resulta paradójal es que para Nietzsche, la salida o superación de esta forma de pensamiento sea también nihilismo, un nihilismo que él denomina clásico. Frente a los intentos por mantener el mundo metafísico y ocupar el lugar vacío con otros valores, este nihilismo pretende una transvaloración de los valores. El antiguo lugar de los valores se elimina.

El nihilismo metafísico creaba un más allá en el cual situaba los valores creados por él mismo, pero con una ingenuidad hiperbólica, ya que inconsciente de su acción creadora, recibía estas creaciones suyas como caídas del cielo. Esto le daba un carácter absoluto que daba sentido a la vida y permitía regirla. El pesimismo de la debilidad, si se daba cuenta de la humanización que había detrás de esto, la comprendía como engaño. El pesimismo de la fuerza, en cambio, equipara verdad y engaño y reivindica todos los valores y el trasmundo como creaciones de una voluntad de poder que así se autoaseguraba, pero que en todo caso debe dar lugar a una voluntad de poder plena y afirmativa.

Evidentemente la comprensión nietzscheana del nihilismo se mueve en un plano profundo, ajeno a las concepciones que de él se tenían por ese entonces, y que en cierta manera aún perduran.

El pensamiento heideggeriano, que no pretende objetar nada, ni puede pretenderlo sin traicionarse a sí mismo, recoge lo donado por Nietzsche y lo repiensa. Para Heidegger, Nietzsche ha sido el primero en reconocer la esencia de la metafísica como nihilismo y en situar el origen de este pensamiento en Platón, pensamiento que también para Heidegger es pensamiento de la escisión. Heidegger coincidiría a su vez en considerar a la filosofía como aquello en que arraiga la historia de Occidente. Pero tanto la determinación de la esencia del nihilismo como la de la auténtica escisión son diversas en uno y otro pensador. Como sabemos, para Heidegger el auténtico nihilismo es el olvido del ser. Y aunque su comprensión del ser como ser finito tiene su antecedente inmediato en la mismidad nietzscheana entre ser y devenir, podemos decir que en Heidegger la escisión metafísica es mucho más que la escisión entre el mundo sensible y el inteligible. La unidad originaria que el pensamiento heideggeriano intenta recuperar, y cuya pérdida constituye a la metafísica, es la unidad entre ser y pensar.

De acuerdo con Heidegger, la filosofía de Nietzsche cae también dentro del pensamiento que pretende superar y constituye su consumación. La doctrina de la voluntad de poder sería una metafísica de la voluntad de poder en la que se consume la metafísica moderna de la subjetividad. La justificación de esta afirmación se encuentra en la comprensión del ser que hay en aquella doctrina. En la metafísica de la voluntad de poder el ser es reducido al orden del valor, esto es, al de una condición puesta por la voluntad de poder para su aseguramiento. El ser no es reconocido en cuanto tal, y por tanto esta metafísica no permite sostener la pregunta por el ser. En ella sólo se pregunta por el ser en cuanto valor. Así Heidegger afirma: “Al representar que, al pensar en términos de valores, dirige su mirada hacia la validez, el ser le queda fuera de su círculo visual respecto ya de la cuestionabilidad del « en cuanto ser ». Del ser en cuanto tal no « hay » nada: el ser un nihil.” (*Nietzsche*, II 275).¹ Y más adelante se concluye:

¹ Así, la verdad inaugural de la filosofía: “lo mismo es ser y pensar,” se vuelve incomprensible en la metafísica (el pensamiento de la escisión) y se convierte en su opuesto: ser – nada ¿lo mismo?

Pero si la esencia del nihilismo es la historia en la que del ser no hay nada, la esencia del nihilismo no puede experimentarse ni pensarse mientras en el pensar y para el pensar del ser no haya nada (...) La pregunta nietzscheana por lo que signifique el nihilismo es, por lo tanto, una pregunta que aún piensa, a su vez, de modo nihilista. (278)

Así pues, antes de toda superación se necesita de una confrontación con el nihilismo que saque a la luz su esencia. Nuestro asunto no es determinar si es justa o no la comprensión heideggeriana del pensamiento de Nietzsche según la cual éste no pertenece a la transición misma. Nos parece sí, que ello implica darle una cierta preeminencia al pensamiento de la voluntad de poder por sobre el del eterno retorno de lo mismo, comprendiendo éste último a partir del primero. Y, sin embargo, es Heidegger quien por vez primera ha puesto de relieve que ambos pensamientos deben pensarse en su unidad, si se quiere pensar lo pensado y lo impensado por Nietzsche. En la dificultad de pensar ambos pensamientos en su mutua correspondencia parece manifestarse una doble condición de consumación y transición de la posición de Nietzsche, ambigüedad ante la que el mismo Heidegger parece vacilar.

Lo que nos interesa es pensar la superación de la metafísica tal como la piensa Heidegger, pero para ello será necesario que previa y constantemente tengamos ante la mirada la esencia de la metafísica.

Hemos dicho que para Heidegger la metafísica es el nihilismo propio y que este nihilismo consiste en el olvido del ser. La pregunta por el ser es desplazada por la pregunta por el ente. Lo digno de cuestión para la metafísica es la entidad del ente. Para ella que el ente sea constituye lo obvio, lo no obvio, en cambio, es qué sea el ente. La metafísica se funda sobre la diferencia, impensada en toda su historia, entre la *essentia* y la *existentia*. Ni el *esse* de la *essentia*, ni el *esse* de la *existentia* son pensados por ella. Pero en esta diferenciación metafísica se manifiesta la diferencia ontológica entre ser y ente.

Ahora bien, que el ser no sea un ente no impide que los entes sean, en otras palabras, la diferencia no significa que el ser no sea ser del ente, ni que el ente no sea ente del ser. De esta manera, aún cuando la metafísica pregunta por el ente y no por el ser, no puede desligarse por completo del ser y dejar de pensarlo, sólo que nunca lo piensa en cuanto tal. La metafísica solamente piensa el ser en dirección al ente. Esto está expresado en las siguientes líneas de la Carta sobre el humanismo: “Cuando el pensar representa a lo ente como ente, a lo que se refiere es al ser. Pero lo que está pensando de verdad y en todo momento es sólo el ente como tal y jamás el ser como tal. La “pregunta por el ser” sigue siendo siempre la pregunta por lo ente” (19). Y unas líneas más abajo se agrega: “Piensa [la metafísica] desde lo ente y hacia lo ente; pasando a través de cierta mirada al ser. Pues, efectivamente, toda salida desde lo ente y todo retorno a lo ente se encuentran ya a la luz del ser.” (19)

Esto último, a saber, que toda salida desde lo ente y todo retorno a lo ente se encuentran ya a la luz del ser, implica mucho más que la necesidad de tener un

determinado concepto del ser o una comprensión de ser para representar al ente. Salida y retorno, así como también la pérdida en el ente, son modos de relación del hombre con el ente. Estos modos de relacionarse con el ente se determinan en el pensar. Ahora, como en todo modo de relacionarse con el ente se da una forma de relacionarse con el ser, aquella forma de pensamiento que se dirige exclusivamente al ente y a nada más, necesariamente debe pensar también al ser, aunque sea como esa pura nada residual. El exclusivo dirigirse al ente es un rechazo al ser, pero también éste se da a la luz del ser: es el ser mismo el que permite este rechazo.

Esto se aclara si pensamos en propiedad la esencia del olvido metafísico. Visto unilateralmente, es decir, visto aún desde el pensar metafísico, este olvido es únicamente el dejar fuera el ser por parte del pensar. Pero visto desde la historia del ser, desde la cual ser y pensar se corresponden, lo que se deja fuera en la metafísica es el permanecer fuera del ser mismo. Pero este permanecer fuera del ser mismo es, él mismo, el ser en cuanto tal permanecer fuera. Heidegger dice esto explícitamente y lo subraya:

“Permanece el ocultamiento del ser, de manera tal que este ocultamiento se oculta en sí mismo. El permanecer fuera del ser es el ser mismo como tal permanecer fuera. El ser no está en algún lado por sí, separado, y además permanece fuera, sino: el permanecer fuera del ser en cuanto tal es el ser mismo. En el permanecer fuera se encubre consigo mismo. Este velo que se desvanece a sí mismo, como el cual el ser mismo esencia en el permanecer fuera, es la nada en cuanto ser mismo.” (Nietzsche 287).

El desocultamiento del ser permanece oculto: el ser en cuanto tal permanece impensado. Es el ser mismo el que se dona en el pensamiento bajo la forma del sustraerse. Por eso para este pensamiento el ser aparece como la nada. Un poco más adelante del texto citado Heidegger afirma:

“El ser se despeja [lichtet sich] como el advenir del retener en sí el rehusar de su desocultamiento. Lo que se nombra con “despejar,” “advenir,” “retener en sí,” “rehusar,” “desocultar,” “ocultar,” es lo esenciante mismo y uno [das Selbe und Eine Wesende]: el ser.” (Nietzsche 316)

El permanecer fuera del ser con respecto al pensamiento es la forma en la cual esencia el ser en la metafísica. Pero nuevamente y con mayor fuerza aún asecha aquí el peligro de pensar de modo unilateral. Aún cuando el ser tenga una preeminencia no debemos pensarlo aparte del pensar. Al permanecer fuera del ser corresponde el dejar fuera de la metafísica. En este sentido el texto *La época de la imagen del mundo* se inicia con la siguiente frase: “En la metafísica se lleva a cabo la meditación sobre la esencia de lo ente así como una decisión sobre la esencia de la verdad.” (Heidegger M., *La época de la imagen del mundo*, en *Caminos de bosque* 75). Y en Nietzsche se afirma:

De acuerdo con la preeminencia del ente que irrumpe como comienzo de la metafísica, el ser, representado entretanto como determinación universal del ente (κοινον, καθολου genus, commune), toma su impronta esencial en cada caso

de un ente determinante (334). Sin embargo, más abajo se lee:

Suponiendo, sin embargo, que la determinación de la realidad según lo real que en cada caso sea determinante no viene inicialmente del ente sino que surge del ser mismo, entonces el despliegue de la esencia de la realidad efectiva dentro de la metafísica también tiene que remitir a esa proveniencia (334).

De acuerdo con el primer texto extraído del libro sobre Nietzsche, podría pensarse que las determinaciones que acontecen dentro de la historia de la metafísica provienen del erigirse previo de un ente determinante. Pero como se aclara enseguida –pues sabemos que aquella suposición pretende ser una constatación– aún cuando la determinación de la realidad sea “según lo real que en cada caso sea determinante,” esta determinación, sin embargo, “no viene inicialmente del ente,” es decir, del ente que en cada caso es el ente determinante, sino del ser. Aquí no se niega que esta determinación provenga del ente mismo, pero sí se afirma que frente a esta proveniencia hay una proveniencia inicial. Así como es el ser mismo el que desocultando el ente se oculta a sí mismo, es nuevamente desde el ser mismo que se determina cuál es el ente determinante desde el cual se “otorga” al ser su impronta.

Desde la perspectiva historiográfica esta impronta al ser bien podría interpretarse como una interpretación, errónea o no, que el pensamiento hace del ser. Pero visto desde el pensamiento que piensa el ser como su historia, esta impronta o determinación es la correspondencia con el llamamiento asignación del ser, es decir, el ser mismo. Es el ser mismo el que se da esta impronta. Pero nuevamente el lenguaje nos traiciona.

La incapacidad de la metafísica para formular la pregunta por la verdad del ser, incapacidad que aparentemente sólo parece tal desde la exigencia de un pensamiento que se sitúa fuera de ella, puede apreciarse más claramente a partir de otra incapacidad suya que, en todo caso, sólo se explica a partir de la primera. A toda posición metafísica fundamental que pregunta por la verdad del ente, se le oculta que en este su preguntar se determina cada vez de modo nuevo la esencia de la verdad y del ente. Una y otra cosa ocurren a la par: la verdad que es determinada a partir de un ente determinante y el ente que así aparece a la luz de esa determinada verdad. Todo esto ocurre, sin embargo, a espaldas de la metafísica. El *υποκειμενον*, la substantia, el subiectum, la voluntad, la voluntad de poder, por un lado, y la *αληθεια*, la adaequatio, la certitudo o la verdad como valor, por otro, son para ella sólo nombres distintos para designar una misma realidad y una misma verdad respectivamente. La imposibilidad de la metafísica de preguntar por la verdad del ser, que no es una deficiencia –porque es su riqueza–, y menos aún un descuido –porque no es humana–, es la misma imposibilidad esencial suya de constatar que la verdad acontece, esto es, que es histórica.

Por cierto, esto no quiere decir que hasta Heidegger ningún pensador haya sido consciente de la originalidad de su pensamiento y de las diferencias entre lo

que él piensa como lo real y lo que pensaron sus antecesores, o incluso entre “su concepto” de verdad y de realidad y el de sus predecesores. Lo que se afirma es mucho más grave que la mera superficialidad de las diferencias entre los diversos pensamientos, superficialidad en la que éstos son reducidos a meras opiniones.

Que hasta Heidegger nadie haya constatado que la verdad es histórica, quiere decir que hasta él nadie había experimentado la verdad a partir de la historia del ser, lo que implica experimentarla como verdad del ser y no primariamente del ente. Pues pensar a la verdad como historia es pensar a la historia de la verdad como la verdad misma, y esto ocurre en aquel pensamiento que piensa el ser mismo como acontecer, como ser finito, y en esa medida como su propia historia.

La verdad es histórica porque acontece en la historia, sólo en cuanto la historia es verdadera porque acontece en la verdad del ser.

Si la verdad operante y lo verdaderamente ente no son en todo pensamiento esencial lo mismo, ello no se debe, como ya se ha dicho, a que “sus” conceptos sean diferentes. Ello se debe a que el ser a partir del cual se determinan el ente y su verdad, es histórico. En este pensamiento el concepto y lo concebido en él son lo mismo.

En el segundo volumen de Nietzsche se sostiene: “Pensada desde la esencia del nihilismo, la superación de Nietzsche no es más que el acabamiento del nihilismo. En él se nos manifiesta de manera más clara que en cualquier otra posición fundamental de la metafísica la plena esencia del nihilismo” (293).

La metafísica de la voluntad de poder es tan nihilista como cualquier otra metafísica, pues no es esta determinada metafísica el nihilismo propio, sino la metafísica en cuanto metafísica (Ver Nietzsche 279). De todos modos, es en Nietzsche donde se revela de la manera más clara la plena esencia del nihilismo, ya que su filosofía es el acabamiento del despliegue de la esencia de la metafísica. ¿En qué consiste esta esencia del nihilismo? En el final del párrafo al que pertenecen las líneas citadas hay una respuesta a esta pregunta: “La plena esencia del nihilismo es la unidad originaria de lo que le es propio y lo que le es impropio.” (Nietzsche 293)

Esta definición de la esencia del nihilismo no puede resultar más extraña para quien la oye con oídos metafísicos. Que algo posea un propio adentrándose en el cual permanece en su esencia, y un impropio que lo aleja de ella, resulta lo natural para la forma de pensar metafísica. Pero que la esencia de algo esté constituida por la unidad de su propio y de su impropio, es algo que no deja de sonar en toda su extrañeza. Pero ¿qué es lo propio y qué lo impropio de la esencia del nihilismo? De ello ya hemos hablado. Se trata del permanecer fuera del ser y del dejar fuera tal permanecer fuera. Lo propio del nihilismo, el permanecer fuera, acontece en su impropiedad, es decir como historia del dejar fuera.

Pero esta impropiedad no es una falta de propiedad, sino su acabamiento, en

la medida en que es el permanecer fuera del ser mismo y a éste le interesa que el quedar fuera siga siendo por completo lo que es (*Nietzsche* 293).

La correspondencia con el permanecer fuera del ser es el dejar fuera este permanecer fuera por parte del pensamiento. Es como dejar fuera que el ser permanece fuera. El dejar fuera mantiene y preserva el permanecer fuera.

Para Heidegger es en la metafísica de la voluntad de poder donde la esencia del nihilismo se manifiesta de modo más claro. Ello se debe a que siendo en esta metafísica donde por vez primera se experimenta el nihilismo en cuanto esencia de la metafísica, esto ocurre, sin embargo, de modo tal que sólo se experimenta lo impropio del nihilismo y ni siquiera en cuanto impropio. De este modo, acaeciendo en la impropiedad de sí mismo, lo propio del nihilismo se resguarda y se conserva. Así Heidegger puede decir: “Nihilismo –que del ser mismo no hay nada– para el pensar metafísico significa siempre y exclusivamente del ente en cuanto tal no hay nada. La metafísica, por lo tanto, se cierra ella misma el camino para experimentar la esencia del nihilismo” (*Nietzsche* 294).

Con la preeminencia de la pregunta por el ente en cuanto tal el ser mismo queda fuera. Pero este dejar fuera el permanecer fuera se deja fuera a sí mismo. El ocultamiento del ser se deja fuera a sí mismo, ha dicho Heidegger, con lo cual se expresa la paradójica esencia de la metafísica: pertenece a esta esencia el quedar oculta para sí misma.

Con la inversión de la metafísica llevada a cabo por Nietzsche se consumaría la primacía del ente (en cuanto subjetividad incondicionada y en cuanto objeto), y se consolidaría con ello la interpretación metafísica del nihil del nihilismo como nada del ente y no primariamente del ser: “La metafísica de la metafísica no alcanza nunca su esencia” (*Nietzsche* 299).

Con lo dicho hasta aquí esta afirmación queda esclarecida. Si la metafísica se constituye en su esencia a partir de un olvido, a saber el olvido del ser, y si este olvido no deja nunca de constituir su esencia, más aún si la historia de la metafísica es la consumación de este olvido, se comprende entonces que a la metafísica le esté velada la comprensión de su esencia. El pensamiento que alcanza la esencia de la metafísica ya no puede ser metafísico, y en esta medida ya ha superado la metafísica.

El pensamiento que supera el nihilismo necesariamente ha debido alcanzar y pensar la esencia del nihilismo. ¿Por qué esto es así? ¿Por qué no basta con dejar atrás al nihilismo para superarlo o estar fuera de él? En *Superación de la Metafísica* se lee: “La finalización dura más tiempo que lo que ha durado hasta ahora la historia acontecida de la metafísica.” Y unas líneas más abajo: “Porque la metafísica, incluso superada no desaparece” (Heidegger M. *Superación de la Metafísica*).

¿Cómo puede durar esta finalización más tiempo que toda la historia acontecida de la metafísica, si la metafísica, según el mismo Heidegger, ya se habría consumado? Y ya que parece no ser lo mismo que la consumación ¿qué significa la finalización de la metafísica? ¿Cómo puede ser que incluso superada la me-

tafísica no desaparece?

Todo dejar a un lado, poner entre paréntesis, olvidar, negar u oponerse a la metafísica siguen prendidos a ella, por cuanto desconocen la esencia y el dominio de aquello de lo que pretenden desligarse, y por lo mismo quedan impedidos de plantearse la pregunta por la verdad del ser. Todos estos intentos, incluso el positivismo y el cientificismo anti-metafísicos, son en su esencia metafísicos. Aún cuando se opongan a la metafísica, se mantiene y se consolida en ellos el olvido del ser. En este sentido, todo movimiento anti-metafísico es metafísico.

La metafísica triunfa no en su período de mayor apogeo, es decir, situados en la perspectiva historiográfica, antes de que repartiara sus riquezas entre las ciencias, cual rey Lear, cuando aún era la ciencia directiva suprema. La metafísica triunfa y su esencia impera incondicionadamente justo cuando, desde el punto de vista historiográfico, ya está superada o al menos ha caído en el descrédito, cuando se ha transformado en “una doctrina en la que ya no se cree y que ya nadie defiende” (Superación).

Para que esta esencia impere incondicionadamente ha sido necesario que la metafísica se transforme en una mera doctrina y en una opinión, y que se la deje a un lado como un extravagante e ingenuo extravío del pasado. Su esencia permanece impensada y como algo que no es digno de cuestión. No obstante, sólo así, impensada y dejada a un lado, la esencia de la metafísica puede desplegarse callada y ocultamente y dominar de manera incondicionada.

Si la metafísica domina justo cuando y ahí donde de ella ya no se sabe ni se quiere saber nada, su superación no puede surgir en el ámbito en que ella domina. Toda reacción en contra de las manifestaciones del despliegue de la metafísica, toda oposición a la técnica moderna –que de hecho no se piensa en su esencia, es decir, como metafísica consumada– así como todo humanismo y todo ecologismo, siguen siendo reacciones que comparten la esencia de aquello a lo cual se oponen. Si la metafísica misma no puede pensar su esencia y superarse a sí misma, nada puede esperarse, entonces, de los ámbitos que están determinados por ella sin saberlo.

La superación sólo puede surgir en el pensar, pero en ese pensar que ya no está dentro de la metafísica, y que piensa a la metafísica desde la historia del ser. Dicho pensar, que se sabe a sí mismo en cuanto respuesta a la reivindicación destinal del ser, piensa a su vez a la metafísica y a sus posiciones fundamentales como respuestas al llamamiento asignación del ser.

El pensar que piensa el olvido del ser como esencia de la metafísica y que se esfuerza en plantear la pregunta por el sentido del ser y su verdad, aún cuando se abre paso hacia esa verdad, surge cuando la esencia de la metafísica recién inicia su dominio, que se prevé de larga duración. A la consumación de la metafísica no sigue, en el plano de lo ente determinado por ella, la decadencia de su imperio. “La época de la metafísica consumada,” advierte Heidegger, “está a punto de empezar” (Superación).

Este pensamiento que piensa a la metafísica desde la historia del ser, desde el momento en que habla de historia del ser piensa al ser como su historia, historia que pronto se convierte en historia del alejamiento de su inicio. El pensar que piensa en el inicio y desde él, no puede en consecuencia pretender negar la metafísica como un simple extravío. Para él la metafísica es un destino necesario, en cuanto su dejar fuera y su permanecer fuera son el ser mismo que se destina. Este pensamiento no pretende refutar nada.

Para este pensamiento “lo mismo es ser y pensar.” No hay pensamiento esencial, es decir, que determine el curso de la filosofía (incluso como metafísica), que no sea verdadero, pues todo pensamiento es pensamiento del ser y, al mismo tiempo, porque es en el pensamiento donde el ser se da por vez primera y esencia plenamente en cada una de sus formas. En cierto sentido en la expresión “pensamiento del ser,” el genitivo puede ser comprendido como genitivo objetivo y subjetivo a la vez, pero ésta es sólo una primera aproximación. Al pensar así, todavía seguimos presos del pensar metafísico, en la medida en que pensamos la relación entre ser y pensar como la relación metafísica entre sujeto y objeto. Pero la unión entre ser y pensar no responde a una relación lógica, causal o de fundamentación. No se trata de pensar junto lo que en sí está separado. Lo decisivo es pensar la mismidad en la que se da la unidad entre ser y pensar. El ser y el pensar se copertenecen. La esencia de cada uno se haya en el otro.

Este pensamiento exige que la esencia humana sea determinada más originariamente que en la metafísica: a partir del inicio y no del olvido del inicio. La esencia del hombre en cuanto Dasein, es decir, en cuanto ser-ahí, es ser el albergue del ser. El hombre es el terreno en el que el ser se manifiesta y es preservado. Pero si lo propio del hombre es su apertura al ser, entonces, la “nueva” determinación de su esencia que piensa Heidegger –en oposición a la determinación metafísica que lo piensa como animal rationale– es esencialmente abierta y no acabada.

En la medida en que la esencia del hombre está “fuera,” y en cuanto este fuera, el ser, es histórico, también el Dasein es esencialmente histórico.

Así, el estado de caída del Dasein, sus modos impropios de ser en que cotidianamente es, no deben ser comprendidos tan sólo como algo que depende de cada Dasein individual. Al comprenderlo así estaríamos comprendiendo al hombre nuevamente como sujeto y como una substancia independiente y enfrente del ser.

La esencia del Dasein es histórica. Se entiende entonces que Heidegger considere como el primero de los respectos que determina la esencia de una posición metafísica fundamental “el modo en el que el hombre en cuanto hombre es él mismo y se sabe a sí mismo” (*Nietzsche* 115).

Los siguientes tres respectos son: el proyecto del ente en dirección al ser; la delimitación de la esencia de la verdad del ente y, por último, el modo en el que el hombre en cada caso toma y da la “medida” para la verdad del ente (*Nietzsche*

115). La mismidad del hombre, el concepto de ser, la esencia de la verdad y el modo en el que el hombre es medida determinan una posición metafísica fundamental. Si recordamos ahora, qué es una posición metafísica fundamental, es decir, si la pensamos en tanto que respuesta al llamamiento asignación del ser en que acaece un cierto viraje en la determinación del ente mismo, y no como la creación genial de un pensador, entonces no podemos sino reconocer que en cada nuevo pensamiento fundamental, junto con advenir una nueva figura del ser y la verdad, se exige también una nueva humanidad.

Lo propio del hombre es algo que, desde la perspectiva (y por lo tanto desde la unilateralidad) de la metafísica sobrepasa el límite de lo que para ella es lo meramente humano. Podemos decir que el hombre puede corresponder en mayor o menor grado a su esencia, que puede realizarla en plenitud o sólo a medias, y esto porque la esencia del hombre es abierta y comprende dentro de sí su inesencia y la posibilidad de la pérdida.

Esta pérdida constituye el peligro. Un peligro que proviene del ser mismo. Él es “la amenaza de la aniquilación de la esencia del hombre proveniente del permanecer fuera del ser mismo” (*Nietzsche* 319). Un poco antes Heidegger ha dicho:

Yendo tan lejos en el permanecer fuera, el ser se dota del peligro de que la necesidad como la que esencia en cuanto necesitante no sea nunca históricamente para los hombres la necesidad que ella es. En el extremo, la necesidad del ser se vuelve falta de necesidad (*Nietzsche* 318).

El pensamiento que piensa el permanecer fuera del ser en tanto que el ser mismo, no puede querer superar el nihilismo en el sentido de ir en contra del ser en su permanecer fuera (Cf. *ibid.*, pp. 297).

Este pensar según la historia del ser lleva al hombre ante la esencia del nihilismo; por el contrario, todo querer-superar deja efectivamente el nihilismo detrás de nosotros, pero sólo en la medida en que, imperceptiblemente, dentro del horizonte de experiencia metafísicamente determinado que sigue siendo dominante, se alza a nuestro alrededor con mayor poder aún y trastorna el opinar (*Nietzsche* 316).

Este pensamiento piensa al encuentro del ser en su permanecer fuera. Él es un pensamiento que está a la espera. Una espera alerta a la destinación del ser. En él la historia del pensamiento se revela como historia del ser: como la historia en que el ser se dona aunque sea sustrayéndose o retirándose. Desde él cada pensamiento esencial aparece como la respuesta a la reivindicación del ser. En este sentido, cuando un pensador repiensa lo pensado por alguno de sus predecesores, piensa la respuesta de éste desde su propia reivindicación. En cierto sentido es el ser mismo el que se piensa en esta historia.

Este pensamiento no pretende ir en contra del permanecer fuera, pero en cuanto piensa el inicio, y desde él el olvido del ser, ya se sitúa fuera de la metafísica. Aún cuando la finalización de la metafísica recién comienza, el pensamiento ya ha puesto ante sí la esencia del nihilismo y en cuanto este pensamiento es

un destino ya se ha superado en él la metafísica. La verdad que en él acontece puede tardar mucho en “hacerse realidad” (en determinar la referencia del hombre al ser y desde ahí al ente), pero al menos la historia del ser debería mostrar que en el futuro no puede darse un “retroceso” en el pensamiento. A menos que el inicio deba necesariamente resguardarse en el olvido una vez más, después de haber sido desocultado.

BIBLIOGRAFÍA

- Heidegger M., “La época de la imagen del mundo,” en *Caminos de bosque*, Alianza Editorial, Madrid, 1997
- Heidegger M., *Nietzsche*, segundo tomo, trad. de Juan Luis Vermal, Ediciones Destino, Barcelona, España, 2000
- Heidegger M., “Superación de la Metafísica,” en *Conferencias y artículos*, trad. de Eustaquio Barjau, Ediciones del Serbal, Barcelona 1994
- Heidegger M., *Carta sobre el Humanismo*, trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Alianza Editorial, Madrid, 2000